

EL GUARDA AGUJAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, N.L.



OLA, eh, oiga!

Cuando eso dijo la voz que le llamaba, estaba de pie junto á la puerta de su casilla, empuñando su banderín, que conservaba arrollado sobre el palo que desempeñaba el oficio de asta.

Era de tal linaje la configuración del terreno, que no parecía que pudiese dudar acerca de la procedencia de mi voz. No obstante, el hombre, lejos de levantar la mirada hacia el paraje en que me hallaba, al borde de la trinchera, precisamente sobre su cabeza, dió media vuelta y miró en dirección á la vía.

—¡Hola, eh, oiga!

Dejó entonces de escudriñar la vía. Giró otra vez sobre sus talones y echando atrás la cabeza me distinguió encima de su observatorio.

—¿Hay algún camino que me permita

bajar hasta ahí y trabar con usted, algo más cerca, una conversación?

Hubo entonces una pausa. Examinábame el hombre con profunda atención. Al cabo me señaló con su banderín un punto situado á doscientas ó trescientas toesas á la izquierda.

—*All right!* ¡Muy bien!—exclamé.

Y me dirigí al lugar indicado. Allí, tras mucho mirar en torno mío, descubrí un sendero toscamente practicado en zig-zag y empecé á seguirlo.

Era la trinchera honda en extremo. Tajada estaba á pico sobre un banco de piedra blanda, y á medida que se descendía disminuía la consistencia de la piedra, aumentando en cambio la humedad proporcionalmente. Me vi obligado á serpentear de lo lindo. Durante mis vueltas y revueltas no se apartaba de mi memoria el ademán de indecisión y el raro encogimiento que había notado en el pobre hombre cuando se decidió á indicarme el camino.

Concluídos los rodeos, volví á contemplarle desde la pendiente, y pude observar que permanecía en la vía que había dado paso al último tren. Su actitud permitía afirmar que me estaba esperando.

Apoyaba la barba en la palma de la mano izquierda, mientras el brazo correspondiente buscaba sostén en el diestro que á la sazón cruzaba por el pecho; y era tan particular su expectación, reflejaba en ella tanta ansiedad que me detuve por algún espacio, lleno de sorpresa.

Seguí bajando hasta llegar al terraplén y entonces pude ver á mi sabor la tez morena, la negra barba y las cejas excesivamente pobladas de mi adusto personaje.

Su caseta ocupaba el lugar más solitario y triste de la vía férrea. A cada lado levantábase el muro pedregoso que chorreaba agua é impedía dilatar la mirada por la inmensidad del cielo, del que sólo se divisaba una faja angosta.

Las perspectivas de la vía no eran más alegres. Por una parte se advertía la tortuosa prolongación de esta larga cárcel; por otra, más limitada aún, atraía las miradas una luz de un rojo siniestro, colocada sobre la abertura de un túnel sombrío, cuya maciza estructura ofrecía un aspecto grosero y repulsivo. Los rayos solares llegaban allí menguados y mortecinos; respirábase un olor subterráneo. Un viento fúnebre, que me heló

la sangre en las venas soplaba por aquella boca oscura... Me estremecí. Aduerñóse de mí la idea de que ya no pisaba el mundo de los vivos.

El interpelado permanecía fijo en el mismo lugar. Llegué su lado; acerté á tocarle; perseveró indefinidamente en su inmovilidad primera. Hasta que me detuve no salió de su quietismo. Retrocedió entonces un paso y levantó la mano; pero no había un sólo instanté dejado de asestar á mis ojos la mirada extraviada de los suyos.

—Muy solitario resulta este puesto—le dije.—Ya me lo había parecido desde arriba al descubrirlo. Pocas visitas tendrá por aquí ¿verdad? Pero no por eso le desagradarán... ¡Digo, me parece! Soy un sujeto cuya vida se desarrolla entre muy limitados horizontes. Al fin he podido alcanzar la libertad, y mi curiosidad me arrastra con loca pasión al exámen prolijo de las grandes construcciones ferroviarias. Tales investigaciones, enteramente nuevas para mí, satisfarán mi ignorancia con la mayor precisión.

Díjele aproximadamente estas palabras. Disto mucho de reproducirlas con toda fidelidad. Nunca he sido de primera

fuerza en el arte de entablar conversaciones, y entonces lo fuí menos que nunca, pues en el interpelado advertía cierta expresión poco tranquilizadora que me infundía miedo.

Volvióse para registrar con exagerada solicitud el sitio en que permanecía fija la luz encarnada que alumbraba sólo las cercanías del túnel, como si echase de menos algún objeto per aquellos andurriales.

Por fin me dirigió nuevamente la mirada.

—¿Os atañe también la vigilancia y cuidado de ese aparato?—le pregunté.

Respondió en voz queda:

—¡Qué! ¿Lo ignoraba usted?

Era tan insistente la fijeza de sus ojos y tan intensa la sombra que obscurecía su rostro, que cruzó por mi mente una singular sospecha.

¿Debía considerar como hombre al ser que estaba delante de mí? ¿No iba á ser un fantasma? Más tarde he pensado que debí de sentirme contagiado por su aspecto. Tocóme entonces la vez de retroceder un paso. Esta acción provocó en el desdichado las señales más inequívocas de terror. Le asustaba yo. Este descubri-

miento dió fin á mis sospechas extravagantes.

—Me mira usted—le dije con forzada sonrisa,—como si le produjera á usted miedo.

—Me parece que le he visto á usted en otra ocasión.

—¿Dónde?

Indicó con la vista la luz roja.

—¿Allí?—le pregunté.

—Sí—contestó con mudo gesto, sin apartar jamás de mí los ojos ansiosos.

—Buen hombre ¿qué hubiera ido á hacer allí? Aunque el caso resultase posible, crea usted que jamás tuve semejante ocurrencia, y que en mi vida he puesto los pies en aquella parte.

—Puedo jurarlo—dije—sí; estoy seguro de ello, puedo jurarlo.

Por fin, pareció que estas palabras habían roto el hielo.

Desde entonces respondió con soltura á mis preguntas.

Me hizo entrar en su caseta donde tenía una estufa, un pupitre para el registro del servicio, un libro en el cual se estampaban determinadas observaciones y un aparato telegráfico compuesto de un cuadrante con saetas indicadoras y un timbre llamador.

El digno y excelente sujeto me hubiera merecido el concepto de empleado competentsísimo en sus funciones, si no hubiese suspendido por dos veces sus respuestas, poniéndose pálido, para mirar el timbre (el cual, sin embargo, no sonaba en tales momentos) y no hubiese abierto la puerta de su vivienda (cerrada únicamente para evitar la malsana humedad) ganoso de mirar desde el exterior la llama roja de la entrada del túnel.

Ambas veces acompañó su regreso á la estufa ese gesto inexplicable que en él había observado sin lograr definirlo, cuando nos miramos á distancia, yo desde mi altura, él desde su hondeza.

—Complázcome en creer—le dije al levantarme para partir—que he hallado aquí á un hombre satisfecho de su suerte.

Mi intento era inducirle á alguna comunicación.

—Sí por cierto, así fué en otro tiempo—respondió—pero lo que es ahora—añadió con esa voz apagada que antes había empleado—estoy inquieto, señor; me devora la zozobra.

Hubiese querido retirar sus palabras, pero ya era imposible. Pronunciadas quedaban irremisiblemente.

Las recogí en seguida.

—¿Por qué? ¿Cuál es la causa de su zozobra?

—Es muy difícil explicarla, caballero; me cuesta lo indecible hablar de este asunto. Si me hace usted otra visita, procuraré expansionarme.

—¡Ya lo creo! Deseo vivamente volver. ¿Cuándo quiere usted que comparezca?

—Abandono el puesto muy temprano, pero estaré de vuelta á las diez de la noche.

—Vendré mañana á las once.

Me dió las gracias y me acompañó hasta la puerta de su caseta.

—Pondré al descubierto mi luz blanca—me dijo sordamente, según su costumbre—hasta que dé usted con el sendero. Cuando lo haya hallado no grite usted, y al regresar, cuando se encuentre en el resalto de nuestra trinchera, no lo haga tampoco.

Las maneras y el metal de su voz me parecían aumentar el aspecto glacial del sitio. Me limité á contestarle:

—Muy bien.

—Que no se le olvide—continuó.—Al presentarse mañana por la noche no tiene necesidad de chillar... Permítame

una pregunta para concluir. ¿Por qué ha gritado usted esta noche? — ¡Hola, eh, oígal

—Lo ignoro á fe mía. Realmente, dije algo parecido.

—No algo parecido; dijo usted eso mismo. Conozco perfectamente esa llamada.

—¡Oh! no lo niego. Yo la he usado sencillamente porque le veía aquí, en la hondeza.

—¿Y no por otro motivo?

—¿Podía obedecer á otro?

—¿No le pareció á usted que le dictaban estas palabras; que obedecía usted en cierto modo á una influencia sobrenatural?

—No.

Dióme las buenas noches, y me fué alumbrando con su linterna. Seguí marchando á lo largo de la vía, fuera de los railes, bajo el peso de una impresión desagradable. Parecíame que me iba un tren á los alcances... Dí finalmente con el sendero. Su acceso fué muy fácil á la subida, y acabé por llegar á mi fonda sin tropiezo alguno.

Llegó la noche siguiente. Fiel á mi cita apoyaba mi planta en la primera grada de la cuesta en zig-zag

al sonar las once, que se oían en lontananza.

El sujeto se hallaba al pie de la trinchera, atisbando mi llegada con su farol blanco en alto.

—No he dicho esta boca es mía—dije cuando estuvimos juntos.—¿Puedo hablar ahora?

—¡Sin duda, caballero!

—Pues entonces, buenas noches. Veniga esa mano.

—Buenas noches, señor. Ahí va.

Después del saludo, nos dirigimos, marchando uno al lado de otro, á la caseta. Entramos allá y nos sentamos junto á la estufa.

—No permitiré que se moleste usted, caballero (empezó á decir, inclinándose y con voz imperceptible como un suspiro) preguntándome nuevamente el motivo de mi desasosiego. Ayer tarde le confundí á usted con otra persona. Tal era el fundamento de mi inquietud.

—¿Le desazona este error?

—No; no es que usted mantenga mi turbación. El otro es quien...

—¿Quién es ese otro?

—No lo sé.

—¿Se me parece?

—También lo ignoro. Nunca ví su

rostro. Lo oculta con el brazo izquierdo, mientras mueve el derecho con viveza en esta forma; vea usted.

Me fijé en su muda pantomima. Consistía en una serie de ademanes descompuestos, que querían manifestar de un modo vehemente, convulsivo, y con solo un brazo, esta frase: «¡Por Dios! ¡Sálgase de la vía!»

—Una noche de luna—añadió el hombre—estaba yo aquí, en el lugar que usted ocupa, cuando oí una voz que gritaba:—¡Hola, eh, oiga!—Lancéme afuera. El *otro* estaba de pie junto al disco rojo, gesticulando del modo que lo estaba yo haciendo ahora mismo. Habían enronquecido su voz los repetidos gritos de—¡Hola, eh, cuidado, cuidado!—No callaba ni un instante. Los repetía sin descanso:—¡Hola, eh, oiga! ¡Cuidado!—Pillé mi farol y corrí hacia el individuo preguntándole:—¿Qué sucede? ¿Es aviso ó accidente? ¿En qué sitio?—Me detuve á diez pasos de la entrada del túnel; me situé tan cerca de él que distinguí, no sin asombro, que el desconocido ocultaba su cara con el brazo izquierdo. Seguí derechamente hacia él, tendí la mano para descubrirle el rostro; pero, de repente, antes que lo lograra, desapareció.

—¿Por el túnel?—pregunté.

—No, señor. Recorrí la horadada en una extensión de más de quinientos metros; me detuve; levanté el farol en todas direcciones; ví perfectamente los números de las cotas de nivel y las indicaciones kilométricas escritas en el muro. La humedad se deslizaba como aceite á lo largo de las piedras y goteaba por la bóveda; pero ¡ni ásomos de sér humano! Volví entonces sobre mis pasos con más rapidez que á la ida, porque me inspiraban tales lugares un horror mortal. Después de haber registrado minuciosamente los alrededores de la luz roja, sin abandonar un punto mi farol reglamentario, subí hasta el disco. ¡Nada! Bajé de nuevo y fui á telegrafiar. Lo hice por dos veces:—Alarma. ¿Qué ocurre?—Y ambas veces me transmitieron la respuesta de costumbre:—Sin novedad.

Mientras hablaba el guarda-agujas me parecía que un dedo helado recorría lentamente mi espinazo. Resistí cuanto pude á esta sensación, esforzándome en dar á entender al infeliz que semejante aparición fué el resultado de una ilusión óptica y que el grito imaginario pudo causar lo el ruido del aire al azotar los

hilos del telégrafo ó al chocar contra los elevados muros, arrancando al silencio de la noche sus lúgubres notas de arpa eólica.

Me dejó concluir moviendo la cabeza pero sin dar señales de impaciencia.

Luego, al cabo de algunos instantes me hizo observar que conocía perfectamente el sonido de los alambres vibrado á impulso del viento. Nadie como él tan autorizado para distinguirlo pues había llevado allí, solo, en vela, muchas, muchísimas noches interminables de invierno.

Me indicó, además, que no había concluido su relato.

Le rogué que disimulase mi interrupción; y él, entonces, apoyando suavemente la mano en mi brazo izquierdo prosiguió con lentitud:

—Seis horas después de la aparición, ocurrió un memorable siniestro en la vía; y al cabo de otras dos, retiraron del túnel á los muertos y heridos, depositándolos en el mismo paraje en que había visto al fantasma.

Estremecióse todo mi cuerpo. No obstante, logré dominarme todavía.

—Ciertamente—le manifesté,—no cabe negar que hubo en eso notable coinci-



dencia, capaz de impresionar profundamente la imaginación de usted. Pero es igualmente exacto que, con la mayor frecuencia, ocurren casos parecidos.

Me hizo observar nuevamente, que no había terminado.

—Lo que le he referido—prosiguió, poniendo otra vez la mano en mi brazo, y dirigiéndome por encima de su hombro una insistente mirada,—ocurrió hace un año. Seis ó siete meses después, cuando no me había recobrado aún de mi sorpresa, ni me hallaba todavía repuesto de la pasada emoción, una madrugada, al amanecer, hallándome en el interior de mi caseta y mirando la luz encarnada, ví otra vez el espectro.

Guardó silencio por cierto espacio y clavó en mí su mirada.

—¿Vamos á ver ¿ocurrió otro accidente después de esa resurrección?

Tocóme varias veces con la punta del dedo, moviendo siempre la cabeza con una lentitud de espectro que me helaba la sangre en las venas.

—Aquel mismo día, caballero—continuó,—al paso de un tren que salía del túnel, observé en un departamento movimientos descompuestos de manos,

de cabezas... en una palabra, una agitación extraordinaria. Señalé el paro; el maquinista dió en seguida contravapor y apretó los frenos; el tren, sin embargo, me rebasó ciento ó ciento cincuenta metros. Eché á correr, y oí, efectivamente, quejidos y lamentos desesperados. Una bella mujer había sido asesinada en un coche. Trajéronla á mi puesto, y la dejaron aquí, donde usted y yo nos hablamos ahora.

Involuntariamente corrí mi silla hacia atrás, y ya no le quité ojo.

—Caballero, esta es la pura verdad. Le refiero el suceso con toda precisión.

Ya no acertaba á hablar ni á pensar. Al exterior, el viento y los hilos telegráficos, añadían al horror de la narración el acompañamiento de su nota lastimera y prolongada.

Concluyó el hombre:

—Juzgue usted, señor, si puedo tener el ánimo sereno: hace una semana reapareció la visión, y de entonces acá, no cesa de presentarse á mi vista de cuando en cuando.

—¿Hacia la luz roja?

—Sí, hacia la señal de peligro.

—¿Y qué hace allí?

Con mayor vehemencia, si es posible, repitió los gestos de angustia, expresión de la frase:—¡Por Dios, apártese de la vial!

—Ya conoce usted—añadió,—la causa de mi desazón. No hallo tregua ni descanso. El desconocido me llama durante varios minutos consecutivos, empleando siempre su grito desesperado:—¡Eh, oiga, cuidado!—Agita el brazo y alborota con el timbre...

Al oír estas palabras, le interrumpí:

—Dígame usted si sonó el timbre ayer tarde cuando me acercaba aquí, al tiempo en que usted salió.

—Dos veces.

—¿Dos veces?—repliqué.—Eso demuestra cuánto le extravía á usted la imaginación. Yo era todo ojos, todo oídos; pues bien, tan cierto como estoy en vida, el timbre no sonó estas dos veces. No, ni entonces sonó, ni habrá sonado antes tampoco. Claro que suena, pero es cuando comunican con usted desde los puestos vecinos.

Meneó la cabeza.

—En esto no sufro engaño, caballero—replicó.—Nunca he confundido la llamada del fantasma con la de mis compañeros. La vibración de aquella es

especial; no se transmite por los alambres. Yo no digo que él toque el timbre; pero que éste suena, no cabe duda. Nada tiene de particular que usted no lo oyera. Yo, en cambio, lo oí exactamente como lo oigo siempre: muy bien.

—Y cuando salió usted al exterior, ¿vió la aparición?

—La ví.

—¿Las dos veces?

—Las dos—afirmó con resuelta convicción.

—¿Quiere usted salir conmigo y mirar ahora?

Mordióse los labios, pero se levantó.

Abrí la puerta, manteniéndome un rato en el umbral. Mi interlocutor quedó á alguna distancia. Todo permanecía en su sitio: la luz del disco, la bóveda del túnel, el muro enorme impregnado de humedad... todo estaba igual á la luz de las estrellas.

—¿Observa usted algo?—le pregunté fijándome atentamente en su rostro.—Tenía los ojos muy abiertos, quizá no tanto como los míos, que llevé al mismo tiempo que el guarda los suyos en la temida dirección.

—No—repuso; nada veo.

—Bueno—dije.—¡Conformes!

Entramos de nuevo y tomamos asiento cerca de la estufa. Discurría yo cómo iba á sacar el mejor partido del buen éxito obtenido, si de tal podía calificarse el resultado negativo de nuestra inspección ocular, cuando reanudó mi hombre su discurso en el mismo punto en que lo había interrumpido, sentando la aseveración de que los hechos repetidos, objeto de nuestra relación, no podían seriamente ponerse en tela de juicio. Este fué un nuevo apuro para mí.

—Eso alimenta, caballero, la espantosa confusión en que me hallo sumido. No ceso de preguntarme ¿qué querrá anunciarme el fantasma?

—No sé—dije—si comprendo bien á punto fijo...

—¿Contra qué riesgo voy á prevenirme?—siguió diciendo con aire pensativo, clavando la vista ora en la estufa, ora en mí.—¿Qué peligro amenaza? ¿Dónde acontecerá? Porque sin duda se está cerniendo sobre la línea un peligro ú otro. Una tercera desgracia nos amaga... ¡quién puede negarlo dados los precedentes de los hechos anteriores! Así me tiene usted desvariando, al parecer! ¿Puedo evitarlo yo? ¿Qué me toca resolver? ¿Cómo obrar?

Sacó su pañuelo y se limpió el sudor de la frente.

—Si telegrafio arriba ó abajo, ó en ambos sentidos ¿qué fundamento puedo aducir?—añadió, secándose las palmas de las manos como se había secado la frente momentos antes.—Sólo originaré confusión, la misma que experimento yo, sin sacar ventaja alguna en favor del prójimo. Y me creerán loco... ¡Mire usted! Pasaría lo siguiente. *Despacho:* «Peligro, atención». *Respuesta:* «¿Qué peligro? ¿Dónde?» *Despacho:* «No lo sé; pero, por el amor de Dios, estén sobre aviso». Me quitarían el destino. ¿Podría ocurrir otra cosa?

Causaba verdadera lástima la agitación del infeliz. Al verle así entendí que por caridad y por exigirle la seguridad del público, lo que en primer término urgía era calmar el ánimo del pobre hombre. Dejando, pues, para otra ocasión la discusión de si era real ó ilusorio este extremo, procuré persuadirle de que todo funcionario fiel y experto en el cumplimiento de su deber, obra siempre rectamente, y que teniendo él perfecta conciencia de su obligación, debía estar tranquilo y sin inquietarse por lo inexplicable de las apariciones. Mi táctica

probó mejor que la oposición á sus convicciones supersticiosas. Le aquieté. Las exigencias del servicio y los incidentes propios de tales horas reclamaban todo su cuidado. Eran las dos de la madrugada. Le dejé entonces, no sin haberme antes ofrecido á estar en su compañía hasta el amanecer, pero no lo consintió.

Al día siguiente, tan hermosa era la tarde que me apresuré á salir después de comer, para gozar de su bienandanza. Iba á ponerse el sol cuando tomé la vereda que, atravesando campos, llevaba hasta la cuesta que daba acceso á la vía férrea. «Cuestión de una hora más, pensé. En treinta minutos llegaré hasta allí, y en otros treinta habré regresado de mi paseo, que no habré prolongado gran cosa. Cuento ponerme al habla con mi guarda-aguja en el momento más propicio.»

Antes de concluir mi camino, me asomé por el pretil de la trinchera y miré al fondo maquinalmente, en el punto mismo donde me situé la primera vez que interpelé á tan extraño sujeto. ¡Cómo describir el sentimiento de horror que me petrificó al observar que un sér, hombre ó fantasma, colocado muy cerca

de la entrada del túnel, agitaba vivamente el brazo derecho, mientras con el izquierdo se tapaba la cara!

El indecible espanto que me produjo esta visión solo duró un instante; pues no tardé en conocer que no padecía ilusión alguna, como lo daba á entender un grupo de individuos á los cuales se dirigía el personaje que divisé primero; éste, sin duda, con sus ademanes pretendía explicarles lo acontecido.

Aun no lucía el fulgor rojizo del disco. Divisaba yo vagamente al lado del poste una especie de tiendecilla construída con montantes de madera y una tela de lona embreada. Su bulto no era mayor que una camilla.

El rápido presentimiento de una desgracia cruzó por mi mente. Corrí al sendero en zig-zag, y bajé por él con toda la precipitación que pude.

—¿Qué pasa?—pregunté.

—Un guarda-aguja, caballero, que ha sido muerto esta mañana.

—¿No será el de esta casilla?

—Si señor.

—¿El que conocía yo?

—Fácil le será á usted reconocerlo—dijo el hombre que respondía á mis preguntas.

Se quitó gravemente el sombrero y levantando una esquina de la tela:

—No está desfigurado—añadió.

—¡Dios mío! ¿Pues cómo ha ocurrido la desgracia? ¿Qué ha sucedido aquí?—repetí yendo de uno á otro, apenas hubo caído el negro sudario.

—Caballero, lo hirió la máquina. Nadie conocía ni desempeñaba mejor su obligación; pero hoy ¡quién sabe por qué! no supo guardarse. Era ya de día muy claro; aun llevaba su farol colgando. Un tren salía entonces del túnel; estaba el guarda allí de espaldas. ¡Fué derribado! Este el maquinista, señor. Él dirá á usted lo que ocurrió con todos sus pormenores... Tom, dé usted á este caballero todos los detalles...

El maquinista se fué hasta la boca del túnel.

—Yo le explicaré cómo pasó, caballero. Desde la curva que hace la vía, allá dentro, ví al guarda-aguja junto á la salida como se ve á un hombre en el campo de un anteojo. No había lugar de dar freno; pero no me inquieté por eso. Le tuve siempre por hombre muy avisado. Sin embargo, como me pareció que no le preocupaba el silbido de la locomotora solté vapor... Estábamos enton-

ces encima de él... Lo llamé con toda la fuerza de mis pulmones.

—¿Qué dijo usted?

—Grité: «¡Hola! ¡Eh! ¡Librese! ¡librese usted!... ¡Por amor de Dios! ¡Retírese de la vía!»

Me estremecí.

—¡Ah, señor! ¡Fué un trance muy rudo! No cesé de llamarlo. Oculté mi rostro con este brazo y ni un momento dejé de agitar nerviosamente el otro. ¡Nada conseguí!...

Así terminó, con esa trágica muerte, tan extraordinaria aventura, cuyo misterio no he logrado descifrar jamás.

